

El tacto del papel

Jonathan Gómez Narros

Le dolían los ojos. Llevaba demasiado tiempo leyendo en su *ebook*... Esa novela le había enganchado de una manera brutal.

Había llegado al andén que le llevaría a su casa. ¡Cómo lo necesitaba! El día había resultado ser más duro de lo que él esperaba...

Se sentó en el frío banco. Tenía que esperar unos seis minutos... ¡Qué pereza!

Se fijó en una mujer joven que estaba sentada justo enfrente de él. Estaba absorta leyendo un libro. Su vista no alcanzaba a ver cuál era. De todas formas, no comprendía cómo la gente podía seguir leyendo libros en papel. ¡Con lo práctico y fácil de llevar que son los libros digitales! En fin, cuestión de gustos...

Seguía observándola. De facciones delicadas, pelo largo castaño, que dejaba caer grácilmente hacia delante, con gusto al vestir, llevaba un pantalón negro y un jersey rojo ajustado... El metro le impidió continuar deleitándose con su belleza.

“¡Qué suerte! Ella podrá llegar a su destino, mientras que yo tengo que seguir esperando...” Miró de nuevo el panel. Cinco minutos. “¿Cómo puede pasar tan lentamente el tiempo en el subsuelo? ¿Realidad temporal paralela?”, bufaba.

La pantalla de su *ebook* parpadeaba...

Volvió a mirar hacia donde unos minutos antes (o segundos, ya no sabía cómo el tiempo gobernaba su vida) estaba esa preciosidad. Todo parecía tan vacío sin ella. El metro se había quedado sin su luz... Se dio cuenta de que en el banco en el que había estado sentada habían dejado un libro. ¿Sería su libro?

Un impulso, absurdo tal vez, le hizo levantarse, recoger sus cosas atropelladamente y recorrer, lo más rápido que podía, el largo pasillo que conducía al andén contrario. Localizó el banco y se dirigió a él. Tomó el libro. El contacto con las hojas le hizo estremecer. ¿Desde cuándo no leía un libro impreso? Ni lo recordaba. “¡Maldita tecnología!” Se sorprendió al oírse pensar criticar su amada tecnocracia. Esa extrañeza pintada en su cara la vio reflejada en los cristales tintados del metro, que acababa de llegar.

Sin pensar, entró en el vagón.

Estaba intrigadísimo. No conocía a la chica, ni el libro, pero algo que no podía controlar le movía a perseguir esa sombra castaña. Abrió el libro al azar. Le resultaba extraño no tener que pulsar algún botón para que pasaran las páginas, sino que con un ligero toque de dedo... Era el final de uno de los capítulos. Leyó la última frase: “Sin sentir cómo, le abrazó y le susurró palabras, con cariño.” A bolígrafo azul, y a letra cursivizada muy elegante, habían añadido: “Sígueme. Yo nunca te olvidaré.”

¿Esas palabras irían dirigidas a él? ¿El destino le había puesto aquel libro en las manos para que conociera a esa mujer? Sonrió y empezó a imaginarse una vida junto a esa extraña lectora que continuaba capítulos de libros ya publicados. Una voz enlatada anunció la llegada a la siguiente estación. “¡Mierda! ¡Cuatro paradas! ¿Cómo no me he dado cuenta?”

Cuando se abrieron las puertas, raudo, bajó del vagón. Estaba muy lejos para irse andando... aunque, pensándolo bien, necesitaba que el aire le diese en la cara. Decidió hacer caso a sus impulsos, subir a la superficie y andar. Hacia dónde, no lo sabía...

En las escaleras mecánicas hojeó, de nuevo, el libro. Se detuvo en observar la portada, de un color salmón que a él le hacía daño en los ojos. Era más bien sosilla: el título y el nombre de la autora... “Yo hubiera diseñado una portada mejor... para la versión *epub*, claro.”

Llegó a la calle. ¿Qué dirección tomar? “Izquierda” Pero sus pasos le llevaron a la derecha... Un edificio impresionante le llamó la atención y, junto a él, una pequeña librería. “¡Qué contraste! En fin, una calle tan comercial y cosmopolita debe tener de todo, ¿no?”

Un extraño calor le hizo dirigirse hacia la pequeña librería. “Papeles”, rezaba en el escaparate. Una campanilla alegre avisó de su llegada y una chica joven, con pantalones negros y jersey rojo ceñido se asomó tras una de las estanterías. Sonrió a su apuesto cliente. Este se acaloró, derritiéndose por su sonrisa.

—¿Qué desea?

Silencio. No sabía qué hacer ni qué decir. Él pretendía volver a su casa y se encontraba en una librería delante de una mujer que ni el mejor escritor podría describir. Sacó de su maletín el libro y, con la mirada fija en el suelo, se lo entregó.

—Espero que no creas que soy un perverso o algo así... pero... bueno... vi que te habías dejado el libro en el banco y... bueno... ya sabes... No sé cómo te he encontrado...

—¡Ah! ¡Muchas gracias! —dijo sonriente la chica— pero este ya te pertenece... Siempre dejo alguno de mis libros “descuidados” por ahí, para que gente tan sensible y amante del negro sobre blanco como tú lo adopte.

Empezó a reír y a mirar fijamente a su cliente, que se había quedado sin palabras. ¿En serio creería esa mujer que alguien es más sensible por leer libros en papel? Fue a responder pero

en ese momento se dio cuenta de que le faltaba algo... ¡Su *ebook*! Se lo había dejado en el banco del metro... ¡con lo que le había costado...!

En ese momento, la librera se acercó a él y cogió sus manos temblorosas y depositó en ellas un libro y le susurró: “Recuerda. A pesar de toda la tecnología del mundo, al tacto del papel no lo sustituye nada.”

Se había vuelto a quedar dormido... “¡Joder! ¿Cuántos trenes habría dejado pasar?” En fin, solo seguían quedando cinco minutos para el próximo tren... Leería un poco en su *ebook*, último modelo... “¿Dónde estaba? Ni en el maletín, ni en la bolsa de la comida, ni en la chaqueta... Recordaba su parpadeo antes de... ¿Se lo habrían robado? Encontró una nota, a bolígrafo azul, de una letra elegante y cursiva: “al tacto del papel no lo sustituye nada”.